

A propósito de The Whole Town's Talking

Jonatan Echeverri

escritor, gasparmorel2@gmail.com

No soy quien ustedes creen, señores, me llamo Robinson, Robinson Montedorado. Esta mañana me levanté como de costumbre, le puse alpiste al pájaro y leche a mi gato Saki. Comprendo que uno en ayunas está todavía bajo el dominio del sueño y que todo lo hace como sonámbulo. Les digo esto, señores, porque algo raro sentí cuando me miré al espejo, aunque solo fue un instante. Después de desayunar volví a mirarme al espejo y nada, la misma cara de siempre; entonces tomé lo anterior por un leve mareo, como ya les dije, secuela del sueño.

No acostumbro ver el reloj de la sala, mantengo siempre mi antiguo reloj de bolsillo thermidor bajo la almohada, y ahí es donde compruebo la hora. Ustedes saben, uno se fía de las reliquias. Pero esta vez, señores, incluso renegué de mi madre, muerta hace ya 12 años; en su lecho de muerte me regaló el thermidor, que era de mi padre, y como mi padre murió hace 30 años, para mí ese reloj significaba tenerlo a él mismo, atento a mi despertar.

El espejo no tenía nada de extraño, pero, aun así, perpetró mi desgracia. Mientras me miraba, el reloj de la sala se reveló en un ángulo del cristal y vi la hora. Me tropecé con Saki, derramé la leche, por poco desplumo al pájaro, saqué mi antiguo reloj de bolsillo thermidor y comprobé que la maldita reliquia, después de 50 años —mi padre solo lo tuvo ocho— había fallado. Cuando lo estrellé contra el muro me puse a llorar, pensando que con él se rompió también el recuerdo de mi madre.

Ese que dicen ustedes no es el que ahora miran con tanto odio, mezclado con entusiasmo; porque sí, ustedes representan la ley, pero nada les satisface más que odiar, aun a quien tan solo es culpable de haber llegado tarde a su trabajo, después de cinco años de minuciosa puntualidad, y culpable de haber nacido con el rostro de un criminal que

probablemente —y extrañamente— vino al mundo el mismo día, a la misma hora, en el mismo hospital. Porque he leído sobre él, no crean, su increíble parecido conmigo ha despertado en mí, y no temo decirlo, cierta simpatía y, por qué no, cierta comprensión. Ya sé qué piensan: un tipo así es peligroso, pues sería capaz de esconder, no solo al criminal, sino también a sus cómplices. Eso es lo que están pensando ahora, ¿verdad? Hoy debía entregar un informe y casi me despiden, porque, señores, las paradojas de la vida, uno es fiel, pero, por eso mismo, el mínimo pecado no se le perdona. No sé dónde leí que «el mundo es una alianza de granujas contra los hombres de bien, y de ruines contra los generosos». Y esto es lo que está pasando ahora, lo empiezo a sospechar, un montón de granujas se han confabulado para hundirme. Del criminal, por ejemplo, no se sabe sino por los periódicos; conservo todos los recortes desde el primer asalto hasta la noticia más reciente, sobre el asesinato del señor John Fordaño, dueño de una compraventa. Y pregunto ¿por qué solo en los periódicos? ¿Por qué solo en fotografías y nunca en la tv. ni en grabaciones anónimas ni nada por el estilo? Acaso ha dicho la Policía: ¿estuvimos a punto? Claro que no y, discúlpenme, señores, si con esto insinúo la ineptitud de la ley y su torpeza en estos asuntos, pero estoy lo suficientemente indignado para sostenerlo.

Ya recuerdo que alguien, el señor Arturo Rajano, me preguntó en la oficina, al verme llegar tarde: «¿se nos atrasó el reloj de mami, señor Montedorado?». Nadie, ni siquiera la señorita Juana, mi tan querida amiga, sabía lo del thermidor, ¿cómo, pues, lo sabía él? Y justo este mismo día, ustedes me detienen, y no cuatro o cinco, sino todo un pelotón, sin incluir a los periodistas. No se imaginan, señores, lo que es tener tantas miradas encima, es como si el virus de una terrible enfermedad nos acorralara: parece que la palabra criminal despertara en todos al criminal interno, solo que respaldado por la justicia. Sí, señores, eso creo, la



sociedad le teme al criminal y lo juzga porque en él se refleja toda ella. Pero a mí no me engañan; conmigo la sociedad ha tratado de saciar su necesidad de ficción. Quizá piensen ahora mismo: ¿quién se cree este idiota para darnos lecciones a nosotros, que somos la ley? Soy un hombre sencillo que cumple con sus deberes; tal vez tengo un defecto, sí, ser un tanto supersticioso, y más con el asunto del tiempo. Incluso, mis mascotas se han acostumbrado a esto: si dejo pasar un minuto en la comida, el pájaro trina y Saki empieza con sus ronroneos y frotos. Verán, el tiempo ha sido para mí, no solo un asunto moral; el tiempo, señores, decide toda mi identidad; un mero fallo en su registro y todo mi ser tiende a desintegrarse y termino por confundir la realidad con el sueño. Pero qué digo, a ustedes no les importa la vida de un hombre inocente. Hablan de evidencias y su evidencia es un rostro. ¿Conocen ustedes al señor Arturo Rajano? Sin duda es él quien está detrás de todo esto. Se empeña en dificultar mis días laborales con toda clase de artimañas, y un hombre es capaz de tantas cosas; no me extraña que se levante un teatro para engañar al inocente; y ustedes ¿no son los principales actores? ¿no es la ley ese gran aparato de ilusiones, no es la evidencia el resultado de una gran ilusión? Y si lo que quieren es encerrarme, no encerrarán más que a un hombre bueno. Porque el hombre bueno es una rara especie, señores, que no conviene al mundo, y solo para él existe la culpa y el castigo, todo lo demás es parte del juego, como en los Westerns: ser policía o bandido se decide solo por una cuestión accidental.

Estarán ya cansados de mí, sí. Estarán cansados de mis reflexiones. De manera arbitraria y vergonzosa me sacaron de la oficina; ahora que me tienen, permítanme, al menos, estas últimas palabras. No suelo caer en ideas conspiracionistas, mi mundo es sencillo y solitario; sin embargo, creo en el tiempo, en su poder y fragilidad —poder que radica, no sé si lo entiendan, en su fragilidad—. Hoy, Robinson Montedorado, un hombre sencillo que solo se preocupa por no hacer daño, cae ante ustedes y lo acepta; de alguna manera es esta una forma de sacrificio moral. Me conformo con salvar a uno de los míos. Tal vez esto no dure mucho, aunque el ciclo no termine para ustedes: es parte de su naturaleza. Ya buscarán a otro que tenga un rostro para las cámaras y lo encerrarán también y estas cárceles estarán atiborradas de hombres buenos, cuyo único delito será tener una vida y un rostro. Solo en la mente de alguien como el señor Arturo Rajano permanecerá el verdadero culpable, y una pasmosa cantidad de granujas como él hará lo posible por meterse a la casa de algún hombre bueno y estropearle a su fiel compañero de rutina: el reloj. 🕒



Alvaro Botero @acciongrafica11